ANTES Y DESPUES
DE LA
LA REVOLUCION MEXICANA

POR

JOSEFINA ZORAIDA VAZQUEZ
El Colegio de México

IIISTORIA PRECEDENTE: AVATARES DEL CAMBIO

Desde antiguo, el territorio que hoy ocupa México fue frontera cultural y cruce de caminos. En su seno, las grandes culturas mesoamericanas entraron en contacto con las de los “chichimecas” nómades de Aridamérica. Los grandes descubrimientos geográficos y la conquista española del siglo XVI la convirtieron en cruce obligado entre los galeones que venían de la Península y los que iban y venían del Asia que, con la independencia, serían sustituidos por navíos británicos que utilizarían el mismo camino en su correo y en la conducción de plata mexicana para pagar su burocracia imperial.

La conquista militar y espiritual sentaría las bases para un mestizaje fortalecido a lo largo de tres siglos de coloniaje. Las grandes culturas prehispánicas sirvieron de núcleo para que un amplio territorio, desde el Oregón hasta Costa Rica, se organizara como Virreinato de Nueva España, que por su riqueza y desarrollo cultural se convirtió en “la joya más preciada de la Corona española”. A pesar de estar dividida en doce intendencias al tiempo de la independencia y de contener dos audiencias, no se fragmentó como otros virreinos, sino que se mantuvo como una unidad a través de la experimentación de diversos sistemas gubernamentales (imperio, república federal y república central) y de los asedios del exterior.

En todo caso, como territorio septentrional de Hispanoamérica, México se convirtió en su frontera cultural con el mundo anglosajón. Independizados gracias a las guerras que derivaron de la Revolución Francesa, los Estados Unidos pudieron consolidar su sistema de gobierno sin interferencia de Europa. Crecimiento, inmigración y consolidación política los convirtieron en modelo para las repúblicas del sur. La cercanía con su modelo no significó ventaja para México, pues antes de concluir la quinta década del siglo XIX, era víctima de su expansionismo, circunstancia que es posible obligara a la cultura mexicana a definir su identidad, antes que sus hermanas del sur. Una prueba de ello lo constituyen los

esfuerzos mexicanos por revivir el sueño de unidad hispanoamericana de Bolívar. Empeñado en convencer a hacer un "Pacto de Familia", México mantuvo agentes acreditados en los países de Centro y Sudamérica, promoviendo una reunión que sentara sus bases. Por desgracia, cuando en 1847 se reunieron los representantes de las diversas repúblicas en Lima, México no pudo asistir por haber sido invadido por fuerzas norteamericanas.

En todo caso, el trauma de la guerra, que enterró para siempre los sueños de grandeza de la orgullosa Nueva España, fortaleció el sentimiento nacional y permitió que el país enfrentara los múltiples ataques filibusteros y la intervención francesa con mayor efectividad. Al fin, en 1867, derrotado el intento monarquista, el sistema republicano federal consolidó al Estado mexicano, aunque fue la dictadura de Porfirio Díaz con sus treinta años de paz, la que permitiría la entrada al ansiado "progreso". Se abrieron las puertas a la inversión y la colonización y floreció el comercio con la salida de materias primas y la entrada de maquinaria, locomotoras y durmientes. El país conquistó respetabilidad con el pago de sus deudas y el mantenimiento del orden a toda costa, pero no llegaron sino un puñado de los ansiados inmigrantes, dándole a su capital un aire cosmopolita.

A través de cambios y ajustes de un largo siglo, la cultura mexicana había pasado de la ilustración y el neoclásico, a través del liberalismo romántico y nacionalista, al positivismo y modernismo extranjerizante. El México porfirista se enorgulleció de sus logros materiales, de haber constituido una red ferrocarrilera que unía por primera vez lugares aislados y les llevaba "la civilización". Se ufanaba también de que su cultura estuviera teñida de las últimas corrientes europeas. Pero aún antes de que *México, su evolución social*, esa obra monumental de autocomplacencia, se publicara en 1900-1902, ya estaban presentes grietas y descontentos. Las páginas de *El Demócrata* y *El Hijo del Ahuizote* expresaban abiertos desacuerdos con la intolerancia, la injusticia y el *malinchismo* del gobierno dictatorial. Heriberto Frías, en 1892, había publicado anónimamente una crónica real del aplastamiento de un movimiento semirreligioso en Tomochic¹. Camilo Arriaga se había atrevido a reunir un Congreso en San Luis Potosí que daría lugar a una Confederación Liberal, al principio simplemente antiporfirista, pero que se iría radicalizando con la incorporación de Ricardo y Jesús Flores Magón y algunas ideas socialistas y anarquistas. Sus miembros no tardaron en ser perseguidos y el

¹ John S. Brushwood, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1973), p. 279-281; Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia General de México* (México: El Colegio de México, 1976), IV, p. 317.

movimiento tuvo que trasladarse a los Estados Unidos desde donde influyeron a través de su periódico *Regeneración*. A base de las doctrinas sociales de León XIII, el grupo católico también expresó su desacuerdo en 1904. Mientras a los políticos y a los inversionistas preocupaba el asunto de la sucesión a partir de la reelección de 1904 (Díaz tenía 74 años), a los intelectuales les molestaba el inmovilismo de la cultura imperante. Los artistas empezaron a arremeter contra el academismo, los humanistas contra el positivismo y los escritores a exponer las injusticias sociales. Así, en 1906, al tiempo de las huelgas de Cananea, Río Blanco y del Ferrocarril Central² se inició la publicación de la revista, *Savia Moderna* que “duró poco ... pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo”³. El grupo presentó una exposición de pintores jóvenes a los que había conmovido el retorno del Doctor Atl (Gerardo Murillo), con noticias de las técnicas impresionistas⁴ que despertaron un deseo de afirmación nacional; “en todas las telas aparecía ..., como una aurora, el paisaje mexicano ... primer paso, tímido todavía, hacia una liberación de la tiranía extranjera”⁵. Ese mismo año se iniciaron las reuniones de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y José Vasconcelos y otros “para leer a los clásicos”; a éstos se unieron dos modernistas, Enrique González Martínez y Luis G. Urbina⁶. Al año siguiente, el aire de renovación reaccionó violentamente en un mitin en la Alameda, que protestaba el intento por resucitar la *Revista Azul*, que logró enterrar⁷.

De ahí en adelante, los acontecimientos se sucedieron con rapidez, pero fue la entrevista al dictador del periodista James Creelmann, en 1908, la que desató la euforia política. Dos afirmaciones sirvieron de disparadero: “me retiraré al concluir este período constitucional” y “acogeré gustoso un partido de oposición en México. Si aparece, lo veré como una bendición”⁸. Los pensadores silenciosos se apresuraron a publicar, en unos cuantos meses, libros de crítica política⁹, entre los que estaban el de Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial* y el de Andrés

² Luis González, “El liberalismo triunfante”, en *Historia General de México* (México: El Colegio de México, 1976), III, p. 254-255.

³ Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos* (México: El Colegio de México, 1941), pp. 39, 48, 49.

⁴ José Clemente Orozco, *Autobiografía* (México: Era, 1970), pp. 30 - 32.

⁵ *Ibidem*, p.32.

⁶ Reyes, *op.cit.*, p. 4.

⁷ *Ibidem*, p.49.

⁸ González, p. 257.

⁹ Querido Moheno, *¿Hacia dónde vamos?*; Manuel Calero, *Cuestiones electorales*; Emilio Vázquez Gómez, *La reelección indefinida*; Francisco de P. Senties, *La organización política de México*; Ricardo García Granados, *El problema de la organización política*.

Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*. Para 1909, entre los partidos organizados estaba el Anti-releccionista. El partido reeleccionista reapareció para pronunciarse por la permanencia del Dictador, pero los deseos de renovación ya no podían detenerse.

La inquietud intelectual se consolidó con la fundación del Ateneo de la Juventud, cuyas sesiones públicas contagiaron de entusiasmo a toda una generación en un año de grandes acontecimientos y simbolismo: 1910. Las fiestas del Centenario, realizadas poco después del fraude electoral, resultaban una burla para muchos mexicanos. Un ejemplo era el patrocinio oficial de 25,000 pesos para una exposición de pintura española y sólo 3,000 otorgados a los artistas mexicanos, después de su protesta¹⁰. La inauguración de la Universidad Nacional y sus puertas abiertas a nuevos aires no era suficiente, como tampoco lo sería la liberación de Madero, apresado en San Luis Potosí. Y mientras desde Texas, Madero lanzaba su Plan de San Luis, que hacía un llamado a levantarse en armas para dar efectividad al sufragio, el Arzobispo convocaba a una reunión en la que se criticaba al régimen.

El grito de Madero aglutinó una heterogeneidad de agravios regionales y de diversos grupos sociales. Campesinos del norte siguieron a líderes como Pancho Villa o Pascual Orozco; pequeños comerciantes de Coahuila se unieron a los hermanos Gutiérrez; los campesinos del sur se agruparon alrededor de Emiliano Zapata y los liberales surgieron por todas partes. Sólo los hermanos Flores Magón permanecieron al margen, desconfiados de que un acaudalado líder como Madero comprendiera los verdaderos problemas mexicanos.

El orden porfirista, que parecía tan inexpugnable, se desmoronó en unos meses y a la caída de Ciudad Juárez, don Porfirio prefirió renunciar en abril de 1911. Mientras se llevaban a cabo las elecciones, Madero aceptó que el gobierno quedara en manos del porfirista Francisco León de la Barra, acto conciliatorio que no dejaría de legar problemas graves a la Revolución.

El triunfo de Madero en las elecciones fue apabullante, pero no fue fácil encaminar el cambio. Eran múltiples los problemas que se habían acumulado y Madero confiaba en la solución por la ley, lo cual requería tiempo. Pero muchos grupos no querían esperar y no tardaron en lanzarse a una nueva lucha. La libertad de prensa se respetó cabalmente y dio lugar a muchos abusos. Con su legalismo y nacionalismo, Madero afectaba intereses fincados en la dictadura. Estaba decidido a cancelar los privilegios de excepción que gozaban los extranjeros.

Mientras tanto, los intelectuales sumados o no a la vida política se empeñaban en ganar la revolución en el campo de la cultura. Mediante cursos libres, gratuitos

¹⁰ Orozco, p. 35.

y públicos en la nueva Escuela de Altos Estudios habían infiltrado la Universidad, pero descaban llegar a los trabajadores, razón por la cual fundaron, a fines de 1912, la Universidad Popular, que haría una obra benemérita durante 10 años. El Gobierno mismo emprendió una campaña para extender la “educación rudimentaria” que, a pesar de acres críticas, hizo una labor encomiable.

El cambio tan grande entre la inmovilidad y las acciones renovadoras despertó la desconfianza de los intereses extranjeros y del Embajador Henry Lane Wilson, los que alentaron las ambiciones de los militares porfiristas, autores de un cuartelazo y del asesinato del presidente Madero y del vicepresidente José María Pino Suárez. Patrocinado por el Embajador de Estados Unidos, Victoriano Huerta se apoderó de la presidencia, hecho que había de desencadenar la verdadera lucha revolucionaria, sangrienta y destructora. Huerta no sólo fue desconocido por la mayoría del pueblo mexicano, sino también por el nuevo Presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, sin que ello significara su renuncia a intervenir cuando lo creyera conveniente.

El golpe de Estado y sus detalles causaron justa indignación. El gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, lanzó su Plan de Guadalupe el 26 de marzo de 1913, desconociendo a Huerta, asumiendo la presidencia interina y la jefatura del Ejército constituido para derrocarlo. Convocó a los otros gobernadores a secundarlo y, a pesar de múltiples obstáculos, logró aglutinar a los heterogéneos grupos que se levantaron en armas entre febrero de 1913 y julio de 1914.

Dado que la Revolución avanzó de la periferia a la capital, la vida de la ciudad siguió su paso, alterada por la represión, el crimen político y la llegada de refugiados del campo. Además de las noticias y de las “vistas” de las batallas que reproducía el cinematógrafo, gracias a la intrepidez de camarógrafos nacionales y norteamericanos que seguían a Villa, el principal cambio fue la transformación de la capital en un gran garito. En cada cuadra, nos cuenta Orozco, había una o dos casas lujosas “para desplumar a los burgueses”, otras “proletarias, en donde dejaban la raya obreros y campesinos”. La vida nocturna floreció y facilitó la otra plaga del huertismo: la leva. De repente “los trasnochadores se encontraban en una calle que había sido cerrada ... y todos los varones eran secuestrados”¹¹.

El Dictador había contado con el apoyo de algunos intelectuales que llevaron a cabo obras educativas en aquel ambiente tan poco propicio. Así nació la Escuela de Humanidades, gracias a la colaboración gratuita del grupo formado alrededor de Antonio Caso¹².

¹¹ Orozco, pp. 41-42.

¹² Reyes, pp. 62-63.

A pesar de haberse inaugurado con la bendición internacional, el beneplácito de los porfiristas y hasta un *Te Deum* del Arzobispo, y de llegar a contar con un ejército de 250,000 hombres, no pudo detener “las múltiples revoluciones” generadas por todo el país. Se movilizó el pueblo en masa, con todo y mujeres y niños. El otro dolor de cabeza de Huerta derivó de la compleja situación internacional, en vísperas de la Gran Guerra. El presidente Wilson logró enajenarle el apoyo británico y le estorbó el desembarco de armas procedentes de Alemania, invadiendo el puerto de Veracruz en abril de 1914. Carranza se negó a negociar con Wilson, al cuestionar todo derecho de intervención norteamericana. El moralista presidente promovió entonces una mediación de Argentina, Brasil y Chile, interrumpida por la victoria constitucionalista que hizo huir a Huerta en julio de 1914.

La derrota de Huerta había sido una meta unificadora, pero una vez alcanzada, la unión sucumbió ante intereses, proyectos, personalidades y hasta generaciones distintas. Los líderes populares, Francisco Villa y Emiliano Zapata se enfrentaron al Jefe del Ejército, Venustiano Carranza. Obligado a establecer su gobierno en Veracruz, Carranza se convenció de que la Revolución no podía ser un simple retorno a la legalidad y promulgó decretos reformistas para restituir tierras a los pueblos y dotar de tierra a los campesinos, establecer el municipio libre, promover mejoras laborales y hasta decretar el divorcio civil.

La última fase de la lucha fue la más violenta y esta vez la ciudad pagó su cuota de sufrimiento. Los zapatistas le cortaron el agua y el sitio hizo que el hambre instalara sus reales. A pesar de ello y según testimonio de Reyes, “en los peores años de 1914 a 1916, la labor editorial de México [fue] abrumadora y superior a cuanto habíamos conocido hasta entonces”¹³.

Los constitucionalistas tardaron un año en imponerse y el triunfo quedó sembrado de obstáculos. No era fácil encauzar ambiciones desencadenadas por una discordia de cinco años. Las escaramuzas villistas, difíciles de controlar, provocaron algunos incidentes con los Estados Unidos que desembocaron en la “Expedición Punitiva” norteamericana, encabezada por el general John Pershing, quien, después de merodear diez meses por territorio mexicano, tuvo que salir sin cumplir su promesa de regresar con la cabeza de Villa. En cambio, su intromisión atizaría el nacionalismo y convertiría a Villa en héroe legendario.

La Gran Guerra convirtió a Carranza en piedra importante en el escenario mundial. Para 1916, México volvía a ser centro de atención de Gran Bretaña por la producción de los pozos petroleros de concesión británica; pero para Alemania

¹³ Reyes, p. 63.

era aún más importante, por lo que no tardó en cortejar a Carranza para convertirlo en aliado. Carranza fue capaz de percatarse de los inconvenientes de jugar dudosos intereses y sorteó con habilidad a los alemanes.

Encaminar el Congreso Constituyente reunido en Querétaro en noviembre de 1916, dividido entre liberales y radicales, tampoco fue tarea sencilla, y la Constitución firmada el 5 de febrero de 1917 distó de ser de su completo agrado. El nuevo código supremo consagraba la revolución social: reforma agraria, derechos laborales, educación laica y devolución de la propiedad del subsuelo al Estado. Ejecutadas las primeras elecciones, don Venustiano fue electo presidente e inició la difícil tarea de restaurar instituciones, enfrentar huelgas y solucionar el dilema de la deuda pública y la inflación. Sus medidas fueron firmes y acertadas, pero para evitar un enfrentamiento con los Estados Unidos no puso en vigor el artículo 27. El fracaso de Carranza derivó de su empeño por asegurar una sucesión civilista. Los caudillos militares Pablo González y Alvaro Obregón aspiraban a sucederle y el grupo sonoreense no tardó en rebelarse. Para entonces Zapata había sido asesinado en una emboscada, como lo serían Carranza en 1920 y Villa, en 1923.

Las experiencias revolucionarias eran difíciles de asimilar, pero no tardaron en influir en la literatura y las artes plásticas. La oportunidad que ofrecía el rompimiento del orden permitió que volvieran a sonar opiniones discordantes sobre los problemas mexicanos y la concepción del ser nacional. El objeto principal de atención era México, tanto para los poetas como Ramón López Velarde y Enrique González Martínez, como para los filósofos y pensadores. Se inició la búsqueda de una educación revolucionaria que condujera a la unidad¹⁴ o diera preferencia a los indígenas¹⁵. Algunos ensayistas replantearon los fundamentos mismos de la nación. Martín Luis Guzmán en *La Querella de México* (1915), con saña destruyó la visión histórica liberal y exigió hacer una introspección que condujera a definir "lo que somos", aunque el resultado sea una realidad "triste, fea, miserable"¹⁶. Manuel Gamio publicó al año siguiente un libro más optimista, *Forjando Patria*, en donde retomaba el indigenismo vigente, pero para afirmar los

¹⁴ David Berlanga, *Pro-Patria* (1914), Paulino Machorro Narváez, *La enseñanza en México* (1916), Félix F. Palavicini, *La Patria por la Escuela* (1916), Julio Hernández, *Sociología Mexicana y la Educación Nacional* (1917).

¹⁵ Como el empeño de Abraham Castellanos en sus *Discursos a la Nación Mexicana* de 1913.

¹⁶ Martín Luis Guzmán, *La Querella de México* (Madrid: s.p. 1915), pp. 18-20-22.

derechos de los indios vivos, no los míticos, y sin que por ello se negara la otra raíz del ser mexicano. Lo importante para él era forjar la nueva patria con la fusión de las dos raíces en un alma verdaderamente mestiza¹⁷.

Los cursos de Antonio Caso en la Universidad Popular, al decir de Henríquez Ureña, resultarían en la libertad filosófica¹⁸. La ausencia de compañías extranjeras permitiría que los cantantes mexicanos se organizaran y las sustituyeran¹⁹. Aunque algunos escritores y artistas se exilaron, otros se unieron a la lucha. El Doctor Atl fue uno de los que arrastró consigo a un grupo, incluso al reacio José Clemente Orozco, que más tarde confesaría no haber visto en la Revolución sino "el más alegre y divertido de los carnavales"²⁰. El entusiasmo contagioso de Atl logró que artistas, escritores y otros colaboradores publicaran en Orizaba, donde estaban situadas las huestes obregonistas, el periódico *La Vanguardia*, en donde aparecerían las impresionantes caricaturas de Orozco.

Las vivencias revolucionarias no pudieron menos que conmover a los novelistas. Aun los viejos se inspiraron en sus acontecimientos²¹, pero la primera gran novela sería la de Mariano Azuela, *Los de Abajo* (1915), quien, en base a sus experiencias, daba cuenta de la lucha y sus variados protagonistas. Carlos González Peña, en 1919 publicaría *La fuga de la quimera*, que permitía percibir los vagos reflejos que los acontecimientos habían tenido para los habitantes de la ciudad de México.

LA RECONSTRUCCION REVOLUCIONARIA

La lucha había sido costosa. Uno de cada 8 mexicanos había muerto, de suerte que había de millón y medio a dos millones menos, y para 1920 la República apenas tenía unos 14 millones. La lucha había sido también destructora de muchas de las muestras del progreso porfirista. Los ferrocarriles y los puentes habían sido blanco favorito, pero también haciendas, fábricas y minas. El desorden y la movilización había afectado la vida de todos. "La leva" o la incorporación voluntaria había interrumpido la normalidad y abierto oportunidad de acción femenina. Algunas sirvieron de soldaderas y suplieron la falta de servicios de intendencia y sanidad, otras fueron asaltadas y violadas y fueron forzadas a desempeñar papeles insos-

¹⁷ Manuel Gamio, *Forjando Patria* (México: Porrúa, 1960), p.183.

¹⁸ Pedro Henríquez Ureña, *Estudios Mexicanos* (México: SEP, 1984), p. 291.

¹⁹ *Ibidem.* p. 293

²⁰ Orozco, p. 40.

²¹ Juan A. Mateos, *La majestad caída* (1911); Irineo Paz, *Madero* (1914); José López Portillo y Rojas, *Fuertes y débiles* (1919).

pechados, otras simplemente sustituyeron a los hombres ausentes. Pero al cabo de la violencia era difícil que las cosas volvieran a ser como eran antes. El aire cosmopolita de las ciudades porfiristas, en especial de su capital, se había esfumado. Las levitas de los políticos fueron sustituidas por los sombreros y trajes de campaña de los revolucionarios del norte.

A la muerte de Carranza, la dirección del país pasó, a la "dinastía sonorenses". Más jóvenes y más emprendedores, buscaban también la restauración del orden, pero sin las trabas del antiguo régimen. También creían en el papel preponderante del Estado en la modernización de la economía y se empeñaron en crear mecanismos de poder que sustituyeran a los del orden porfirista. La ruta que siguieron era capitalista, pero conjugada con intereses populares. Obreros y campesinos se convirtieron en actores políticos en el nuevo equilibrio y su consenso sirvió para legitimar al gobierno. La obra del grupo sonorenses, que se extendió de 1920 a 1935, fue apreciable y se inició con el interinato de don Adolfo de la Huerta, pacificador por excelencia, quien logró que Villa depusiera las armas.

Al tomar posesión Alvaro Obregón, el 1 de diciembre de 1920, la situación había mejorado, a pesar de la escasez de recursos y la falta de crédito y reconocimiento norteamericano. Obregón era conciliador, pero firme. Su enorme prestigio, su pragmatismo y sentido de la organización, junto a un agudo sentido del humor y un gran optimismo le hacían un buen iniciador de la reconstrucción. Su aplicación de la reforma agraria fue limitada, pero puso en funcionamiento los lineamientos e instituciones que apoyaban a los nuevos ejidos y promovió la pequeña propiedad y las obras de riego. También favoreció el sindicalismo, y la confederación obrera se convirtió en una fuente de equilibrio político. Devolvió los barcos incautados por Carranza y favoreció las inversiones, aún desconfiadas por la falta de estabilidad. Una de sus decisiones más difíciles fue suspender la aplicación de la ley a las concesiones norteamericanas para asegurar el reconocimiento norteamericano. Como el compromiso quedó en un simple convenio, su sucesor Plutarco Elías Calles trató de revocarlo, pero al final tuvo que aceptar un arreglo semejante.

Mas lo que hizo famoso a Obregón fue el renacimiento cultural y la cruzada educativa que llevó a cabo su ministro José Vasconcelos desde la recién establecida Secretaría de Educación. El inquieto ateneísta y revolucionario supo aprovechar la coyuntura de cambio que ofrecían las circunstancias y la generosidad con que Obregón favoreció las empresas de cultura. El presupuesto para educación ascendió a porcentajes sin precedentes y se publicaron libros (clásicos para niños y para adultos), revistas y textos. Se fundaron bibliotecas fijas y ambulantes y, para aumentar los lectores, cada alfabetizado se transformó en un maestro honorario, gracias al entusiasmo contagioso del Secretario, que atrajo a propios y extraños.

Su concepción integral de la tarea educativa lo llevó a promoverlo todo. Sus misioneros culturales se adentraron en las áreas marginadas para llevar alfabeto, higiene, libros, conocimientos útiles e industrias caseras, al tiempo que se favorecía la enseñanza tecnológica y la artística. Poesía, teatro, música, danza, artes plásticas, todo obtuvo un aliento y el muralismo se desarrolló gracias a su protección.

A pesar de la capacidad negociadora de Obregón, al acercarse el momento de la sucesión no pudo impedir que Vasconcelos renunciara por desacuerdo con la elección de Calles como candidato presidencial. Adolfo de la Huerta encabezó una rebelión que no tenía posibilidad de éxito, dado que los Estados Unidos colaboraron con Obregón con armas y la aplicación de las leyes de neutralidad.

Calles asumió la presidencia a fines de 1924, y con un gabinete de excelentes técnicos, el apoyo obrero, y sin la incertidumbre de las relaciones con los Estados Unidos, pudo enfrascarse en sanear la economía, hacer ahorros y establecer un sistema fiscal que permitiera reunir los fondos federales necesarios para fundar el Banco de México, que venía planeándose desde tiempos de Carranza. El espíritu empresarial del régimen hizo que se le diera importancia a la construcción y renovación de obras de infraestructura, en especial la de empezar a dotar al país de una red caminera. Más que proseguir el reparto de tierras, Calles se preocupó por modernizar la agricultura.

Durante su gobierno surgieron algunos problemas con los Estados Unidos, a causa de su intento de someter a los empresarios petroleros a la Constitución, pero fueron resueltos con la llegada del banquero Dwight Morrow como Embajador. No cupo la misma suerte en la aplicación de los artículos que afectaban a la Iglesia y que provocaron un enfrentamiento sangriento de los católicos con el gobierno. Al final la jerarquía eclesiástica, a través de la mediación de Morrow, aceptaría la superioridad estatal.

Obregón fue electo presidente de nuevo en 1928, no sin que surgiera un nuevo conato de insurrección militar, pero no llegó a asumir el poder porque fue asesinado por un fanático católico. Su desaparición significaba la del último de los grandes caudillos de la Revolución. Calles resistió la tentación de aprovecharse de esa coyuntura para perpetuarse en el poder, sin que por ello dejara de ejercerlo. De 1928 a 1935 como "Jefe Máximo", Calles tuvo la supremacía en las decisiones gubernamentales. Su preocupación por dar fin a las insurrecciones cíclicas lo llevó a crear el Partido Nacional Revolucionario (PNR), para neutralizar las pugnas ideológicas, el peligro de las reelecciones y servir de arena para controlar a los diversos grupos y elegir en forma pacífica a los candidatos. El Partido mostró su eficacia de inmediato y en la campaña de 1929 pudo derrotar a Vasconcelos, un candidato de oposición que contaba con una popularidad y un prestigio que rebasaban las fronteras nacionales.

La gran Depresión económica de 1929, aunada a descontentos internos, dio origen a una serie de tensiones que el PNR quiso resolver con el programa de acción radical definido en el Plan Sexenal de 1934. El candidato Lázaro Cárdenas, realizó una amplia campaña que desde el principio buscó el apoyo de obreros y campesinos. El “Jefe Máximo” no tardó en expresar su desacuerdo al entusiasmo reformista de Cárdenas, pero éste, a diferencia de sus antecesores, había creado su propia base de poder con el apoyo popular y la vuelta al servicio de generales villistas, zapatistas y carrancistas y ordenó el destierro de Calles. Con habilidad, renovó agrupaciones obreras y campesinas e incluso reorganizó el partido oficial, que tomó el nombre de Partido de la Revolución Mexicana (PRM).

Cárdenas continuó la reconstrucción y modernización del país, pero también hizo realidad la promesa revolucionaria. Le dio un gran impulso al reparto de tierras y simpatizó con la lucha salarial de los obreros, lo que provocó una ola *record* de huelgas. Las más aparatosas terminarían en expropiación o nacionalización: tal el caso del latifundio de La Laguna y el de los sindicatos de ferrocarrileros y petroleros.

Dentro de una atmósfera que anunciaba el desencadenamiento de una nueva conflagración mundial, apoyó a la República Española y se empeñó en neutralizar los reflejos de fascismo y falangismo surgidos en México. Su tarea no fue sencilla, ya que la aplicación del artículo 3º reformado en 1933 que establecía la “educación socialista” provocó la resistencia de los residuos cristeros y de grupos que rechazaban el dogmatismo estatal. Sin anular la reforma, el Presidente atenuó su aplicación para tranquilizar los ánimos.

La expropiación petrolera fue, por supuesto, la decisión más importante de su gestión. El problema laboral había conducido a las empresas petroleras a elevar su queja ante la Suprema Corte de Justicia, al tiempo que presionaban la obtención de una decisión favorable retirando sus depósitos bancarios para crear una crisis. La situación era delicada, pero nadie sospechó que Cárdenas optaría por una solución radical. De tal manera que el anuncio hecho la noche del 18 de marzo de 1938, fue calificado por el Embajador norteamericano, Josephus Daniels, como un rayo en cielo despejado.

El apoyo del pueblo mexicano fue unánime, incluyendo al Arzobispo. Cárdenas trató de sortear el problema negociando una indemnización con las empresas, pero a excepción de la Sinclair, su actitud fue intransigente. La crisis que siguió fue delicada, y a pesar de la política del “buen vecino”, el país sufrió castigos económicos. Washington cortó las compras de plata y petróleo y negó venta de equipo a la empresa estatal Petróleos Mexicanos.

Las reformas cardenistas habían conmocionado a la sociedad mexicana, lo que tal vez decidió al presidente a elegir al moderado Manuel Avila Camacho para sucederlo.

LA REVOLUCION EN LA CULTURA

La Revolución marcó en forma indeleble a los jóvenes que la vivieron y permitió a los ateneístas completar su misión. Al empezar la empresa vasconcelista, los ateneístas estaban en plena producción. Alfonso Reyes y Vasconcellos habían publicado ya algunas de sus mejores obras y Enrique González Martínez, Henríquez Ureña y Antonio Caso habían iniciado su fructífera labor docente. Sus primeros discípulos, "La generación de 1915", como se llamó a los que traspusieron por entonces las aulas universitarias, quedaron comprometidos con la solución de los problemas nacionales. De entre sus filas salieron pensadores, técnicos, políticos, fundadores de instituciones, promotores de la cultura, de la altura de Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Alfonso Caso, Manuel Toussaint, Narciso Bassols, Antonio Castro Leal y Daniel Cosío Villegas. La Revolución los inspiró a prepararse para enfrentar los retos de la reconstrucción y muy jóvenes asumieron las responsabilidades de dirección y cátedra. Lombardo fue director de la Preparatoria a los 28 años, Gómez Morín, de Derecho a los 25 y Cosío Villegas, catedrático de Sociología a los 18²².

Vasconcellos aglutinó la acción de tres generaciones, ya que junto a los ateneístas y los "sabios" de la generación de 1915, colaboraron con él otros más jóvenes conocidos como "los contemporáneos". Reunidos hacia 1918 con la fundación de un nuevo Ateneo y la publicación de *México Moderno* y *La Falange*, "los contemporáneos" iniciaron su carrera burocrática al lado de Vasconcellos, como base para incursionar en el teatro y la poesía. En el grupo destacarían Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, José Gorostiza y Salvador Novo, quienes, a diferencia de sus mentores, mostraron interés en las corrientes internacionales y, como dice Monsiváis, no compartían "el ánimo profético y bolivariano" de su Mecenaz²³ y centraron su preocupación en el arte. Por supuesto que por entonces también habían expresiones abiertamente disidentes: "los estridentistas", que se inclinaron al radicalismo y que buscaban la relación del arte con la sociología y la política para ir más allá de la Revolución Mexicana, ya se hacían oír²⁴.

El dinamismo cultural y la efervescencia que produjo el vasconcelismo influyó en todas las expresiones culturales. La música, la arquitectura y la pintura, que desde antes de 1910 buscaban sus propios derroteros, concretaron formas

²² Henríquez Ureña, pp. 292-293; Daniel Cosío Villegas, *Memorias* (México: Mortiz, 1976), pp. 59-60.

²³ Monsiváis, p. 364.

²⁴ Brushwood, pp. 335-337.

propias. Desde luego fue el muralismo, que Vasconcelos fomentó, el que logró un carácter más definido. El estudio de formas prehispánicas y los colores brillantes parecían simbolizar el movimiento social. Los grandes exponentes de la Escuela Mexicana de Pintura, Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros le imprimieron su sello y lograron un éxito sin precedente en este lado del Atlántico²⁵.

México se había convertido en imán y la excitación del cambio atrajo a destacadas figuras de la generación perdida norteamericana y de la vanguardia europea. Katherine Ann Porter, Hart Crane, John Dos Passos, Alma Reed, Archibald McLeish, D.H. Lawrence, Antonin Artaud, Jean Charlot y muchos otros pudieron unirse a aquel ambiente de nacionalismo que no era excluyente.

La Revolución pasó a ser tema de novelas y crónicas muy críticas. Martín Luis Guzmán publica *El Aguila y la Serpiente* (1926) y *La sombra del Caudillo* (1929); Rafael Muñoz, *Vámonos con Pancho Villa* (1932) y *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1934); José Rubén Romero, *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936); Gregorio López y Fuentes, *Campamento* (1931), *Tierra* (1932) y *Mi general* (1933) y el mismo Vasconcelos, ante la amargura del fracaso de su aventura presidencialista, empieza a publicar sus memorias en el *Ulises Criollo* (1936) y *La Tormenta* (1937). Los indios y el pasado virreinal también se convirtieron en fuente de inspiración, el uno para estar a tono con los tiempos y el otro como evasión²⁶. El tema indigenista esperaría algunos años para dar sus mejores obras en las novelas y cuentos de Rosario Castellanos, *Balún Canán* (1957) y *Ciudad Real* (1960), y en el intento de literatura antropológica de Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote* (1948)²⁷.

Al igual que en la política, el extremismo también caracterizó las expresiones culturales de los años treinta. El nacionalismo se hizo intolerante y surgieron asociaciones artísticas radicales. En 1931 la izquierda funda Lucha Intelectual Proletaria y la extrema derecha, Acción Revolucionaria Mexicanista. Para 1934 la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios lanza su consigna "ni con Cárdenas ni con Calles" y para detener el fascismo, artistas e intelectuales se comprometen con la República Española y, a la llegada como exilado de Leon Trostky, toman partido a favor o en contra.

²⁵ Jorge Alberto Manrique, "El Proceso de las Artes", en *Historia General de México* (México: El Colegio de México, 1976), IV, p. 293.

²⁶ Monsiváis, pp. 385-386, 393; Guillermo Díaz-Plaja y Francisco Monterde, *Historia de la Literatura Española e Historia de la Literatura Mexicana* (México: Porrúa, 1984), p. 643.

²⁷ Monsiváis, pp. 385-386.

Estos compromisos no impidieron que floreciera el ambiente bohemio alrededor de cafés, como el París, y de cabaretuchos populares donde se reunían nuevos artistas nacionales y extranjeros como Juan O'Gorman, María Izquierdo, Roberto Montenegro, Federico Cantú, Alfredo Zalce, Carlos Mérida, Tamijō Kitagawa. Algunos fueron menos sociables, como Saturnino Herrán o Leopoldo Méndez y otros decididamente solitarios, como Francisco Goitía²⁸.

Los vaivenes políticos también influyeron en la educación superior. Los estudiantes se mezclaban en la política y creaban problemas constantes, por lo que el gobierno decidió conceder la autonomía a la Universidad Nacional, en 1933. Pero la Universidad parecía tan elitista, que la izquierda fundó una Universidad Obrera al servicio del movimiento laboral, y el gobierno, el Instituto Politécnico, como alternativa profesional para las clases populares.

Para entonces, los cambios en la vida mexicana acusaban la influencia creciente del turismo, el cine sonoro y la llegada de refugiados centroeuropeos y españoles. La inauguración del Palacio de Bellas Artes en 1934 animó la vida cultural, con conciertos, ópera, teatro y exposiciones, pero seguía siendo muy magra. Las revistas tenían vida efímera y los libros tirajes muy reducidos. No obstante, gracias al atrevimiento de la generación de 1915 se crearon revistas como *El Trimestre Económico* (1934) y se fundaron editoriales como el Fondo de Cultura Económica (1935), con la meta de traducir obras fundamentales de Economía, ampliada después a toda clase de literatura humanística y de ciencias sociales²⁹.

A pesar de la enorme vitalidad de la cultura mexicana, la Revolución se había convertido en desilusión para muchos y el pesimismo teñía muchas obras³⁰. Samuel Ramos publicaba en 1934 *El perfil del hombre y la cultura en México*, haciendo un psicoanálisis de la nacionalidad y diagnosticándole complejo de inferioridad. El cauce lo seguiría Octavio Paz con *El laberinto de la soledad* (1949), y del tema surgiría la preocupación por "lo mexicano" en el grupo alrededor de Leopoldo Zea.

La llegada de los refugiados españoles tendría enorme trascendencia en la vida cultural mexicana, no sólo como inyección de nuevo vigor en la vida cultural, sino como causa de la fundación de la Casa de España en México en 1938, dos años más tarde convertida en El Colegio de México, que crearía un nuevo tipo de enfoques y técnicas de investigación. Bajo la dirección de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas la institución renovaría varios aspectos de la vida académica mexicana.

²⁸ José A. Manrique y Teresa del Conde *Una mujer en el arte mexicano*. Memorias de Inés Amor (México: UNAM, 1987), pp. 76-77, 91-93.

²⁹ Cosío Villegas, pp. 143-151.

³⁰ Una fue la *Historia de México* de Vasconcelos (1938).

DE LA ESTABILIDAD A LA CRISIS, 1940-1982

Para 1940, el país había cambiado profundamente. En su geografía se notaba la violencia con que el trazo de carreteras, obras de irrigación y maquinaria habían hollado siglos de historia. Los 14 millones de habitantes de 1920, se habían convertido en 20, que todavía aspiraban a alcanzar una sociedad más justa, pero que contaban con un sistema de educación más extenso y con mayor salubridad, lo que permitiría que en veinte años la población se duplicara y se cuadruplicara en otros veinte, con los problemas consiguientes.

La tragedia de la Segunda Guerra Mundial significó para México un respiro y una oportunidad. Las presiones norteamericanas derivadas de la expropiación del petróleo cesaron a partir de 1941. México no sólo obtuvo una renegociación favorable de su vieja deuda sino que, por primera vez desde la Revolución, conseguía créditos. La escasez de manufacturas extranjeras favoreció una industrialización de sustitución de importaciones y la guerra convirtió a Estados Unidos en un mercado seguro para nuestras materias primas. La presión del Departamento de Estado facilitó la negociación con las compañías petroleras y las necesidades del momento abrieron las puertas del trabajo a los "braceros" mexicanos.

Avila Camacho se empeñó y logró un ambiente político más conciliador e, incluso, al final del sexenio, con menos disonancias, el PRM eligió a un civil, Miguel Alemán, como candidato a sucederle y el propio PRM se ajustó a los cambios efectuados. En 1946, bajo principios moderados, se transformó en PRI, Partido Revolucionario Institucional.

Alemán manejó al país como una gran empresa. Emprendió enormes construcciones; carreteras y presas, vías rápidas, los primeros complejos multifamilias y la Ciudad Universitaria en la capital. Revolución pasó a significar modernización, crecimiento y capitalismo acelerado, lo que provocó desacuerdos y desencadenó una gran corrupción. Como diría Cosío Villegas en 1948, en su ensayo "La crisis de México", la falla principal de la revolución era la deshonestidad de sus gobernantes. En esa situación, el PRI optó por un sucesor cauto, discreto y con fama de hombre íntegro para hacerse cargo en 1952 de un país sobregirado: Adolfo Ruiz Cortines. Con firmeza redujo el gasto, aprobó una devaluación y procesó a algunos funcionarios deshonestos. Asimismo, sin interrumpir obras públicas, optó por caminos menores y presas pequeñas que servían a las comunidades. Promovió el voto de la mujer, concedido en 1953, y se empeñó en propiciar "la marcha al mar", a la que hubo una gran resistencia. Las invasiones de tierras organizadas por líderes campesinos, lo obligaron a expropiar un latifundio norteamericano, pero también a encarcelar a los responsables y enfrentó un movimiento laboral que aspiraba a un sindicalismo más democrático.

Para 1958 fue electo Adolfo López Mateos, ex-vasconcelista que se definió a sí mismo como “de izquierda dentro de la Constitución”, a quien correspondió el difícil reto de controlar el sindicalismo independiente —con encarcelamientos, cuando lo creyó necesario— y responder a las nuevas presiones norteamericanas con motivo del triunfo de la Revolución Cubana. Para neutralizar el emergente Movimiento de Liberación Nacional, estableció una relación amistosa con el régimen cubano, negándose a romper relaciones como acordaría la OEA. Mateos favoreció la alianza de México con países no alineados y promovió una reforma política que daba representación a los partidos de oposición. A través de extensas giras por todo el mundo, buscó nuevos mercados y la diversificación de las inversiones extranjeras, para liberar al país de su casi total dependencia de los Estados Unidos. Con el mismo fin, promovió la formación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio.

A pesar de todo, las inquietudes despertadas por la Revolución Cubana no eran fáciles de acallar. Los mexicanos, que habían estado orgullosos de su Revolución, la primera revolución social del siglo, de repente descubrían sus limitaciones y se rebelaban contra la política del “desarrollo estabilizador”. México recibía la resonancia del descontento mundial contra el autoritarismo, la guerra, valores obsoletos, y prejuicios. Las cruzadas pacifistas, feministas, pro derechos humanos, contra la guerra en Vietnam se contagiaron por todas partes, a través de los medios masivos de comunicación.

En un ambiente semejante, ocupó la presidencia Gustavo Díaz Ordaz, quien también recibió un país sobregirado y con el compromiso de ser la sede de los Juegos Olímpicos de 1968, la primera vez que se confiaban a un país en desarrollo. Con un carácter poco flexible, Díaz Ordaz no era el más indicado para enfrentar huelgas, que no eran de obreros y campesinos, sino de estudiantes y de médicos. México se preparó para el gran evento con eficacia, ante el peso de la desconfianza del Comité Olímpico. Los líderes estudiantiles, conscientes del compromiso gubernamental, supieron aprovechar el eco que sus protestas encontraron en las clases medias de la capital, expresión de descontento con la “democracia dirigida”. El presidente al ver acercarse el momento de la inauguración sin lograr la calma, optó por medidas drásticas. Primero, la ocupación militar de la Ciudad Universitaria y los encarcelamientos masivos y, a diez días de la inauguración de los Juegos Olímpicos, ante una prensa internacional en busca de noticias sensacionalistas, la represión a fuego abierto de un mitin en la Plaza de Tlatelolco, que produjo un alto e indeterminado número de muertos y heridos.

Los Juegos Olímpicos se llevaron a cabo en medio de un despliegue fenomenal de fuerza, pero las tensiones de tantos meses se relajaron y el entusiasmo popular les dio el brillo acogedor tan propio del “subdesarrollo”. La fuerza se había

impuesto y la Universidad reanudó sus labores, pero la crisis política era patente, pues el gobierno había perdido la legitimidad.

El movimiento de 1968 había planteado con claridad la necesidad de una mayor participación ciudadana y el nuevo presidente, Luis Echeverría, decidió abanderar el cambio con reformas que favorecían a los jóvenes. Se liberaron presos políticos y a muchos descontentos se les llamó a dialogar y a colaborar. No obstante, un grupo recalcitrante se lanzó a la guerrilla, y sólo para fines del sexenio se logró la tranquilidad. El populismo marcó la gestión. En lugar del “desarrollo estabilizador” se empezó a hablar de “desarrollo compartido”, con una reforma fiscal, una renovación de reparto agrario y una ambiciosa reforma educativa. La amplia infraestructura petrolera en el sureste, los grandes centros turísticos de Cancún, Loreto e Iztapa, y otras obras gigantescas se financiaron con créditos poco favorables. La deuda fue acelerándose.

Uno de los renglones preferentes de la actividad del Presidente fue el internacional. Emprendió viajes para asegurar mercados y aliados, en especial a países socialistas y tercermundistas y se pronunció a favor y en contra de toda causa internacional. Dentro y fuera se temió que fuera señal de que México marchara al comunismo, lo que, unido a un gasto excesivo, una inflación acelerada, un peso sobrevaluado que permitió una gran especulación, produjo una gran fuga de capitales. Todo ello hizo de los últimos años de su gestión, una pesadilla que culminó en la primera gran devaluación de la serie que afectaría a la economía mexicana de la última década.

No obstante, la toma de posesión del nuevo presidente, José López Portillo, restableció la confianza por su apertura hacia los grupos empresariales. La economía pareció movilizarse, en especial por la vuelta de México al mercado petrolero. Los nuevos pozos generaron divisas y empréstitos. Un flujo de capital, que México no conocía desde los tiempos de su esplendor minero, creó una ilusión de riqueza.

La política exterior de López Portillo, aunque más cautelosa, también estuvo comprometida con el Tercer Mundo y culminó con una brillante Reunión del Diálogo Norte-Sur en 1981, a la que asistieron Ronald Reagan, François Mitterand, Margaret Thatcher, Indira Gandhi y otros grandes estadistas, que no pudo traducirse en medidas concretas.

El ambiente de confianza se mantuvo hasta fines de 1980, pero la crisis internacional afectó al mercado petrolero y los circuitos financieros se percataron de la irresponsabilidad con que habían prestado, por avaricia. El 1982 fue un año de devaluaciones y malas noticias. Para agosto el país se enteraba de que la deuda mexicana era una de las más grandes del mundo y enfrentaba un cierre de cambios y en septiembre, a la nacionalización de la Banca.

En medio de una de las crisis más profundas de su historia, Miguel de la Madrid se hizo cargo del Gobierno. El nuevo presidente se decidió por el cumplimiento estricto de la deuda, la modernización de la planta productiva para aumentar la productividad y las exportaciones y la disminución del gasto público, como medio para combatir la inflación. A las presiones externas derivadas de la enorme deuda pública, se sumaron las norteamericanas que exigían el control del narcotráfico y de la entrada de ilegales. Como si fuera poco, la adversidad golpeó aún más al país, con los trágicos terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985. Esos problemas requirieron poner en juego todas las reservas del pueblo mexicano, pues la caída del petróleo y los intereses usurarios han impedido el crecimiento de la economía.

Las elecciones de 1988 han mostrado el profundo descontento existente, lo que parece haber puesto en crisis el sistema creado en 1929, y la conquista de la democracia ha unificado incluso las metas de la oposición. Sin embargo el desenlace no es fácilmente deducible.

La cultura ha sufrido los cambios de la sociedad. En los treinta años del “desarrollo estabilizador”, México se transformó de una sociedad agraria y rural en una industrializada y urbanizada. El aislamiento relativo al tiempo de la Revolución dio paso a un país cruzado por carreteras, rutas de aviación y bajo la influencia de todos los medios masivos de información. Si en 1940 eran contados los que tenían coche, para el fin del período, el vehículo ha llegado a las capas populares, junto a televisores, radios de transistores y refrigeradores.

Toda esa transformación se reflejó en las expresiones culturales. Antes de 1950 eran contados los viajes de turismo y estudio al extranjero. A partir de esa década se multiplicaron las oportunidades, al tiempo que el turismo extranjero aumentaba y se diversificaba.

La explosión demográfica hizo que hubiera un déficit de instituciones de educación elemental y media, y que una Ciudad Universitaria planeada para cien mil estudiantes, para la década de 1970 albergaba más de trescientos mil, a pesar de haberse multiplicado las instituciones privadas. No obstante tales apremios, todos los gobiernos, a partir del de Avila Camacho, patrocinaron empresas de cultura, no sólo publicación de libros, sino “Festivales Cervantinos”, orquestas sinfónicas, murales, conjuntos escultóricos³¹. Pocos países han visto multiplicarse los museos al ritmo que en el México de las últimas décadas.

La expansión económica de los años cuarenta, le inyectó un aire optimista al ambiente, que resultó notorio en uno de esos resúmenes histórico-culturales que cíclicamente se producen en el país. *México y la cultura*, publicado en 1946, parecía combatir el pesimismo del *Perfil del Hombre y la Cultura en México* de

³¹ Manrique y Del Conde, pp. 111 - 114.

Ramos, con la enumeración de sus logros. La expansión cultural permitió la multiplicación de editoriales y librerías y el país se fue transformando de importador de libros argentinos y españoles, en exportador. Editoriales como el Fondo de Cultura adquirieron prestigio en el mundo de habla española, al poner a su alcance las traducciones de clásicos antiguos y modernos, al grado de que autores como Heidegger y Braudel vieron la luz muchos años antes que en inglés.

Hasta entonces, las asociaciones literarias espontáneas habían promovido la poesía, como en el caso de los contemporáneos. *Taller Poético* (1936-1938) y *Taller, Poesía y Crítica* (1938-1941) dieron a conocer a poetas de la talla de Octavio Paz y Efraín Huerta, al igual que *Tierra Nueva* (1940-1970) lo haría con Alí Chumacero, Manuel Calvillo y José Luis Martínez. Pero la tendencia empezó a ser la institucionalización y El Colegio de México durante la presidencia de don Alfonso Reyes (1940-1959), resultó recinto adecuado y acogió a mexicanos y extranjeros, como lo haría también el Centro Mexicano de Escritores (1951), que además de becas, ofreció un taller para desarrollar la creatividad literaria. La Universidad Nacional y la Secretaría de Educación, por supuesto, mantendrían su tradición como albergue para el desarrollo de las vocaciones literarias. Francisco Monterde, Julio Torri, Agustín Yáñez, Rubén Bonifaz Nuño y muchos otros, enseñaron, escribieron y muchas veces sirvieron como administradores.

Si bien la vida de las revistas era efímera, la colección "Letras Mexicanas" del Fondo de Cultura, no lo fue y se encargaría de lanzar nuevos autores de manera constante: Juan José Arreola (*Confabulario*, 1952, *La Feria*, 1953), Juan Rulfo (*El llano en llamas*, 1953 y *Pedro Páramo*, 1955), Jorge López Páez (*El solitario Atlántico*, 1955), Carlos Fuentes (*La región más transparente*, 1958 y *La muerte de Artemio Cruz*, 1962), etc. Las tiradas seguían siendo cortas, pero las publicaciones se multiplicaban y los nombres de Rosario Castellanos, Fernando Benítez, Sergio Galindo, Jorge Ibargüengoitia, José Revueltas, Sergio Fernández, Luisa Josefina Hernández, Salvador Elizondo, Elena Garro, Jaime Sabines, Sergio Pitol, Vicente Leñero, Juan Vicente Melo pasaron a ser notables. Más tarde, editoriales como Mortiz y El Caballito también harían una meritoria obra para dar a conocer nuevos valores.

Para otras expresiones artísticas fue fundamental la fundación del Instituto Nacional de Bellas Artes en 1947. Bajo la dirección del compositor y director Carlos Chávez, la Orquesta Sinfónica Nacional empezaría a ser dirigida por grandes directores internacionales y acompañada por grandes solistas, además de estrenar obras del propio Chávez, de Manuel M. Ponce, Candelario Huizar, Silvestre Revueltas, Pablo Moncayo, Julián Carrillo y Blas Galindo. Salvador Novo, al frente del Departamento de Teatro, emprendería la doble tarea de

establecer la Escuela de Arte Teatral y poner en escena obras nacionales como su *Culta Dama* y *El Gesticulador* de Rodolfo Usigli, así como las de los jóvenes Emilio Carballido y Sergio Magaña. A esa tarea se sumarían los esfuerzos de la Universidad Nacional, cuyos programas de teatro experimental permitirían educar a muchos dramaturgos.

El Instituto de Bellas Artes también organizó exhibiciones de pintura y ofreció sus grandes muros a Rivera, Orozco y Siqueiros y, más tarde, a Rufino Tamayo. Las artes plásticas se habían extendido con la fundación de La Esmeralda y el Taller de la Gráfica Popular, en la década de los treinta, lo que hizo que a los conocidos pintores Frida Kahlo, María Izquierdo, Carlos Mérida, Federico Cantú se fueron agregando otros, como Juan Soriano, Pedro y Rafael Coronel y Los extranjeros Leonora Carrington, Wolfgang Paalen, Matías Goeritz y Remedios Varo.

El muralismo mexicano no dejó de convertirse en una especie de prisión, lo cual no obstó para que Tamayo y algunos otros experimentaran con las nuevas formas de expresión que llegaban. El éxito de la pintura tuvo un ascenso tal, que para la década de 1960 se produjeron grandes fortunas con el arte³². La arquitectura produjo algunas obras de interés como las de Luis Barragán, Félix Candela, Teodoro González de León y Pedro Ramírez Vázquez y la escultura de Francisco Zúñiga.

El Colegio de México patrocinó también a filólogos, historiadores, sociólogos, filósofos y economistas, entre los que se destacaron Silvio Zavala, José Miranda, José Medina Echavarría, Ramón Iglesia, Eugenio Imaz, José Gaos, José Moreno Villa y Agustín Millares Carlo, los primeros profesores de tiempo completo. La profesionalización y la aportación de la percepción de los "transterrados" españoles generarían una nueva introspección cultural. El ensayo cobró nueva vida en la pluma de Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, Luis Villoro, Justino Fernández, Francisco de la Maza. Arqueólogos, folkloristas e historiadores del arte descubrieron la riqueza del legado cultural, y ruinas y monumentos, pinturas y esculturas, cerámica y tapicería se apreciaron en su verdadero valor.

La historia, que había estado presa de hispanismo e indigenismo, entró en su plena profesionalización gracias al esfuerzo de tres grandes mentores, Silvio Zavala, Edmundo O'Gorman y Daniel Cosío Villegas.

Para la década de 1960 se empezó a vivir una plena internacionalización de la cultura. No sólo hubo un enorme intercambio de profesorado, sino que empezaron a enseñarse las principales lenguas del mundo. Las preocupaciones empezaron a ser latinoamericanistas y universales. En la academia se discutía a Ho Chi-ming

³² *Ibidem*, pp. 141-145.

y a Mao tse-tung, a Marcuse y a McLuhan. Aún los problemas mexicanos se discutían dentro de amplios marcos de referencia en *México y la Cultura* y *Diálogos. La Democracia en México* de Pablo González Casanova (1965) y los ensayos que publicaba *Foro Internacional* (1960) y *Crítica* mostraron gran sofisticación de análisis.

La efervescencia romántica, antiimperialista y revolucionaria que se contagió al México de los sesentas, con su impulso por el cambio de valores y horizontes, hizo que la búsqueda de universalidad se tradujera en nuevas formas. Alucinógenos y *hippies* se mezclaron con el folklore; las canciones latinoamericanas a las de protesta y Castro y Che Guevara, como símbolos, con Zapata. Todo ello facilitó el *boom* latinoamericano.

Todos los desafíos prosperaron. La historia revisó las verdades tradicionales, oficiales y conservadoras. La prehispánica se auxilió de conocimientos especializados. La colonial y moderna privilegiaron análisis socio-económicos, bajo la influencia de los talleres organizados por Cosío Villegas. Luis González, con su clásico *Pueblo en vilo* (1969), señaló la ruta de la "microhistoria" y con su actitud irreverente aceleró la decadencia de las interpretaciones oficiales.

Los artistas heterodoxos que se habían negado a seguir las normas de la Escuela Mexicana pudieron imponerse fácilmente en ese nuevo clima, lo que dio un éxito instantáneo a José Luis Cuevas, Manuel Felguérez, Vicente Rojo, Lilia Carrillo, Francisco Toledo, Leticia Tarragó, Gerardo Cantú y otros. La misma renovación se notó en las letras, con narradores como Gustavo Sáinz, Parménides García Saldaña y José Agustín, Fernando del Paso, Alberto Dallal, a los que se sumaron los que se habían conmovido con el movimiento de 1968 y la lucha política en el continente, como Elena Poniatowska, Héctor Manjárez, Jorge Aguilar Mora, Vicente Leñero, Hugo Hiriart, Carlos Montemayor, Arturo Azuela.

Auge petrolero y crisis económica, explosión demográfica y descentralización dieron aún mayor peso a la sociología, la ciencia política, la economía y la demografía. Análisis políticos y financieros invadieron hasta revistas como *Vuelta* y *Nexos* y dieron origen al periodismo de opinión como *Unomásuno* y *La Jornada*.

La crisis económica ha golpeado fuertemente las empresas culturales. El auge de los festivales cervantinos de los años setenta, con espectáculos internacionales de gran nombre, pasaron a la historia. Las universidades han visto reducir sus presupuestos y los libros que no se imprimen por agencias del gobierno se han convertido en artículos de lujo. No obstante, dentro de las limitaciones del nuevo orden de cosas, la cultura no ha perdido su dinamismo. Es posible que las desventuras recientes obliguen al país, como en otros momentos semejantes de su historia, a expresarse con mayor fuerza.